

La historia de la verdad desnuda

Hay una bonita historia sobre la verdad, y dice así:

Una vez, la verdad perdió todas sus ropas. Desnuda, vagaba por la ciudad tratando de encontrar un lugar donde poder refugiarse. Además, tenía hambre y quería alimentarse. Así que llamó a la primera puerta. Una persona amable le abrió, pero al ver que la verdad estaba desnuda, asustada, volvió a cerrar la puerta. A la verdad no le fue mejor en las demás puertas. «¡Desvergonzada!», gritó uno; «¡Inaudito!», gritó otro; «¡Qué asco!», gritó un tercero.

Entonces la verdad se entristeció mucho, porque se dijo: «En algún lugar tengo que pertenecer. ¡Todo el mundo tiene un lugar! ¿Acaso soy huérfana?». Finalmente, hambrienta y tiritando de frío, se acurrucó en un rincón oscuro de la bulliciosa ciudad, donde nadie solía mirar. Habría muerto esa misma noche si no la hubiera encontrado un anciano que sacaba a pasear a su perro a última hora de la tarde. El hombre no tardó en preguntarle: «¿Quién eres?», «¿Qué quieres?», «¿Dónde vives?». Se compadeció de ella, ayudó a la temblorosa y desnuda verdad a ponerse en pie y la llevó a su casa. Le dio un plato de sopa y la oportunidad de calentarse.

Langenstein, Bernhard, *Desiderata*, Tredition, Hamburgo 2017, 46-47.



Luego le tendió unas prendas: «Toma, vístete». «Pero esas no son mis ropas», dijo la verdad. «No importa», respondió el anciano, «lo esencial es que no estés desnuda y puedas volver entre la gente».

La verdad lo comprendió. Se envolvió en un atuendo ajeno y, desde entonces, volvió a ser bien recibida, aunque casi nadie la reconocía.

IMPULSO

Lean «La historia de la verdad desnuda». ¿Pueden decirse la verdad entre ustedes? ¿Ya son capaces de hacerlo de forma constructiva, amorosa, que ayude a crecer? ¿En qué aspectos todavía les cuesta?